

ALFONSO CASTRO PALLARES (1921-2006)

Siempre juvenil, siempre maestro, siempre poeta.

Así era el doctor Alfonso Castro Pallares, uno de los últimos gigantes del humanismo que ha atesorado el Seminario Conciliar de México, allí en Tlalpan, a sólo un par de kilómetros de nuestro Centro de Estudios Clásicos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Nacido en Morelia en 1921, vivió como maestro de dicho Seminario hasta su muerte, en 2006, a los 85 años.

De don Alfonso igual se podían esperar clases de materias filosóficas, teológicas o de teoría literaria, aderezadas con algunas bromas traviesas o algunos poemas memorables. Su testamento lírico mayor se titula *El inasible poema roto* (Semaro, 2001). Su inspiración, no inferior a la de José Gorostiza ni a la de Carlos Pellicer, está enraizada en la lírica universal, en especial en la de Horacio y la de Virgilio.

Por lo demás, era un genial traductor de clásicos latinos, tanto en prosa como en verso, según abajo veremos. Y era un poeta que dejó unos veinte álbumes de poesías con centenares de sonetos y de otras formas métricas, pero todos de una inspiración perdurable. Ha dejado para la historia lírica mexicana páginas como el ya clásico soneto que comienza:

Este barro glorioso en que me muero
En horno de palomas fue formado;
Canto es limpio de fuego atormentado,
Es buena alfarería del Alfarero...

I. Alfonso Castro Pallares, el Poeta Latinizante

Ahora bien, revisemos primero la serie de títulos latinos, de enorme originalidad, que el doctor Castro incluyó, primero, en su álbum lírico *Bitácora de asombros*, de 1991. Es uno de los cerca de veinte volúmenes líricos que construyó en una vida que duró 85 años, tanto como la del polifacético poeta y novelista Víctor Hugo, en la Francia decimonónica.

En este cuaderno lírico encontramos un arroyo de nombres latinos —o neolatinos, como se suele denominar al latín escrito recientemente—. Allí leemos los títulos clásicos, que parecen brotados de Gutiérrez Nájera o de cualquier otro modernista mexicano. Éstos son: *Ad umbras, Moribunda vita, Mors brevis y Ambo concurrimus telis*.

Y esa serie latinizante culmina en el *Misceor clamoribus aequor*. Y luego, el álbum se cierra con otros diez episodios que el poeta llama *Tiempo nómada*.

Así vemos, con la producción de Alfonso Castro, que tanto en la lírica como en la filosofía, el latín clásico y el medio gozan de cabal salud.

Viene después todo un volumen predominantemente latino, intitulado *Palabras para decirse a gritos* (1990). Es latinizante ya desde el epígrafe general: *Adulta levi fluat zephyro seges*. Lo traducimos para el amable lector: “Fluya la cosecha ya madura bajo el céfiro leve”.

Y nos sobreviene allí la cascada de nombres latinos, que resultan un ejercicio de traducción que divierte al latinista sagaz, pero puede desorientar al lector menos avezado. Damos nuestras traducciones para éste:

OPUS I: Amicissimo omnium amico (“Para el amigo más amistoso de todos”); *Post data* (“Después de la fecha”); *Candescit nix* (“La nieve resplandece”); *Fugassent utinam umbrae* (“Ojalá hubieran alejado a las sombras”); *Me longa taedia capiunt* (“Me atrapan tedios prolongados”); *Ingenti torres amore* (“Ardes en un inmenso amor”); *Sacra lacrimarum fames* (“La sed fogosa de lágrimas”); *Ardens tui cupido* (“El ardiente deseo de ti”); *Sine murmure aquae* (“Aguas que no murmurán”); *Luxuriet foecunda novis nunc floribus arbor* (“Florezca ahora

el árbol fecundo con nuevas flores”); *Frangimur, heu, fatis* (“Somos quebrantados, ay, por los hados”); *Non mea, tua supellex* (“Bagaje no mío, sino tuyo”); *Ne pinguescat corpore corpus* (“No engruese un cuerpo con otro cuerpo”); *Sicut bos nati tollerare labores* (“Nacidos como el buey para tolerar trabajos”); *Maiore ardeo siti* (“Ardo en una sed mayor”).

Al Padre Castro Pallares le encantaba jugar con el latín. Y es evidente que estas *Palabras para decirse a gritos* son un buen juego para practicar la traducción lírica. Y vuelve a desbocarse la corriente latina de su inspiración:

OPUS II: Dulci aviaeque solitudini (“Para la dulce y familiar soledad”); *Ruit irreparabile tempus* (“Fluye irreparable el tiempo”); *Horret animus aliquando dolore* (“A veces el ánimo se horroriza del dolor”); *Me levis sustinet aetas* (“Una edad leve me sostiene”); *Trahit sol per ossa furorem* (“El sol arrastra su furor entre los huesos”); *Ferimurque procella* (“Y somos heridos por la tormenta”); *Hyeme tumefactus inani* (“Tumefacto por el inactivo invierno”); *Ibo per amica lunae silentia* (“Iré por entre los amistosos silencios de la luna”); *Ver erat aeternum* (“Brillaba una eterna primavera”); *Luna sub placida resonat carmen* (“Bajo la plácida luna el canto resuena”); *Matris penetralia reliqui* (“Abandoné el santuario de mi madre”); *Canorae gutture volitant aves* (“Canoras en su garganta revuelan las aves”); *Collige usque modos* (“Recoge de continuo las tonadas”).

Y el volumen “para decirse a gritos” se cierra con el único título de *OPUS III: Magni Chynosurae maris* (“Del mar de la gran Quinosura”).

Ya se ve que la fuerza lírica de Alfonso Castro lo llevó a crear estrofas como el inolvidable terceto:

Tengo, Señor, derecho a mi tristeza,
Tengo derecho a mi melancolía,
Mas no a andar desahuciado de belleza.

Tal estrofa nos ha merecido esta latinización:

Jus est penes me, Domine, ad moerorem,
Jus penes me ut sit haec melancholia,
At non jus ut destituar splendore.

II. Alfonso Castro Pallares, el Enorme Traductor Latino

Este enérgico poeta que es don Alfonso, ha realizado además una vasta labor de traductor de poesía y de prosa neolatina. Ya se ve que con él se juega con el latín en travesías de ida y de vuelta.

Para comenzar, tiene publicada en la UNAM una hermosa traducción del poema neolatino mexicano *La Californiada*, compuesto en 1740 como labor juvenil del jesuita José Mariano de Iturriaga. Sus 810 versos llevan transcripción paleográfica, introducción, notas y versión de Castro en “una prosa eufónica, casi rítmica, salmódica”, según él mismo anota.

Don Alfonso ha traducido también los 260 hexámetros de A. Diego de la Fuente para la Virgen del Tepeyac. Vertió asimismo medio millar de hexámetros neolatinos de José de Villerías para el bíblico *Cantar de los Cantares*.

Además, tradujo los 600 hexámetros del anónimo *Poema heroicum* mariano del siglo XVIII.

El canónigo Castro Pallares ha vertido también un centenar de páginas teológicas (en prosa entreverada con dísticos elegíacos) de la *Rhetorica cristiana*, volumen que el franciscano Fray Diego Valadés publicó en Perugia, Italia, en 1579. La versión se imprimió en México (UNAM-FCE) en edición austera de 1989. Y la segunda tirada, ya en presentación de lujo, ha salido en 2003.

Don Alfonso colaboró en esta vasta labor, con Julio Pimentel y, aparte del suscrito, con el también ya fallecido jesuita Esteban Palomera (1914-1997).

Las estrofas magistrales de don Alfonso Castro siguen brotando, tal como ésta:

Este barro glorioso, hora tras hora,
En heráldicas larvas se derrumba
Por la tierra tenaz que lo devora.

III. Perspicaz ensayista y prosista

Es memorable la producción ensayística de don Alfonso Castro Pallares. Tiene un hermoso álbum sobre temas teológicos en la poesía,

titulado *Dios en hexámetros* (Tlalpan, 1970). Con certera visión, el Padre Alfonso comienza por temas de Sor Juana y de José Gorosiza.

Continúa luego con un estudio sobre Diego José Abad como filósofo moderno (en su *Cursus philosophicus*), y como filósofo poeta (en su magnífico poema *De Deo Deoque Homine heroica carmina*, “*Cantos heroicos acerca de Dios y de Dios hecho hombre*”). Es de señalarse que este “*Poema heroico*” es obra del citado Abad, jesuita de Jiquilpan, Michoacán, desterrado en Europa con toda su Orden en 1767. Allá tuvo tanto éxito su magno poema desde que comenzó a dar a conocer sus primeros cantos, referentes al Antiguo Testamento, que fue objeto de una “edición pirata” en Cádiz, en 1769.

Circulaban anónimos diecinueve de sus 44 cantos, bajo el seudónimo de *Musa Americana*. Una vez editado en su totalidad, ese *Poema heroico* fue considerado un excelente modelo de latín tanto clásico como bíblico, y se reimprimió para los seminarios, tres veces en Guanajuato (en 1847, 1850 y 1875) y dos veces en León (en 1877 y 1897).

Es don Alfonso un aguerrido defensor de Sor Juana, y —al lado del suscrito— enfrentó a Octavio Paz, quien había mostrado sus ignorancias y suspicacias tanto teológicas como humanísticas en su volumen *Las trampas de la fe* (1982). La réplica de Alfonso Castro consta en su folleto *Los empeños de una casa* (Universidad Pontificia, 1997). Y no hace falta decir que la réplica del suscrito al modesto Octavio Paz, titulada *Buena fe y humanismo en Sor Juana*, es de Porrúa, 1984.

Otro espléndido ensayo del doctor Castro se titula *San Juan de la Cruz: el hombre y el poeta*, 1999. Refiere allí el autor episodios tan sabrosos como el de haber sido puesto Juan de la Cruz bajo custodia en un convento de frailes. Éste huye a un convento de Carmelitas Descalzas, y —anota don Alfonso— “en ese convento va recitando a sus protectoras las copillas y poemas que ha concebido en los interminables días y noches de su cautiverio. Se llama Sor Ana la que se embelesa más con esas ‘melodías celestiales’ y de inmediato se pone a transcribirlas”.

Y tiene, además, ensayos acerca de Juan Rulfo y de José Gorosiza.

IV. Homenaje al epigrafista latino

Es ya el doctor Alfonso Castro un clásico de la lírica de México en la segunda mitad del siglo XX.

Él ha creado memorables epígrafes en áureo latín, que han merecido ser grabados en canteras y en bronces. He aquí el que decora la estatua de don Hermilo Camacho, que fue economista del Seminario Mayor de México, así como Director de su Coro polifónico por varios decenios entre 1950 y 1980. La estatua preside el jardín del patio mayor de dicho Seminario:

*Attendite!
Hermilus Camacho sacerdos,
Harum nobilium aedium exstructor,
Longa silentia curasque tenaces
Guttura levi
Quotidie concentibus mulcet.*

Ésta es mi versión rítmica:

¡Escuchad!
Hermilo Camacho, sacerdote,
Constructor de estos claustros majestuosos,
Largos silencios y tenaces cuitas
Por su leve garganta
Cada día atenúa con sus cánticos.

Sus más bellos poemas, ora en versos clásicos, ora en unidades libres, ameritan nuestra versión al latín inmortal.

Así comienza su célebre

Letanía de las hormigas
¡Pequeños paquidermos relucientes!
¡Santas acémilas de carga!
¡Ferrocarril de bienaventuranzas!
¡Sumisas bestezuelas proletarias!
¡Caravana doliente!
Oración y trabajo.
Silencio de hacendosas novicias.

Recogimiento en romería.
Cansancio a cuestas sin rebeldía ni enojo.

He latinizado así dicho epígrafe:

*Formicarum litaniae
Parvula pachidermata lucentia!
Prudentes asini onerarii!
Curru beatitudinum ferrate!
Submissae bestiolae proletariae!
Dolentium caterva!
Oratio atque labor.
Silentiu(m) ubi virgines laborant.
Mens recollecta inter itinera.
Fatigatio ad tergum lente admissa.*

Es así como hemos visto que el inspirado vate y humanista Alfonso Castro Pallares ha levantado el vuelo hacia el Olimpo, donde ya cantan los más inspirados humanistas del siglo XX mexicano.

Ellos son Joaquín Arcadio Pagaza, Ignacio Montes de Oca, Federico Escobedo, Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, Octaviano Valdés y Joaquín Antonio Peñalosa. Y desde luego, al igual que ellos, puede decir el ritual asclepiadeo horaciano:

*Exegi monumentum aere perennius.
Un monumento alcé mayor que el bronce.*

Él lo ha profundizado así al cerrar su cenital soneto “Este barro glorioso”:

Pero allá en la ribera estremecida,
Se escapará, ligero, de la tumba,
Por caminos de viento hacia la Vida.

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN